

Tres mitos sobre la homofobia en Santiago de Chile.

Análisis de distintas reglas de sociabilidad para explicar una discriminación cotidiana.

**Three myths about homophobia in Santiago de Chile.
Analysing different social rules to explain an everyday discrimination.**

Fecha de recepción: 12 de Noviembre de 2012

Fecha de aceptación: 4 de Diciembre de 2012

Autor:

Pablo Astudillo Lizama, Master en Sociología, especialidad Género, Política y Sexualidad. Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París, Francia. Doctorante en Sociología, Universidad París-Descartes, Francia.

Palabras Claves: Homofobia, Discriminación, Espacios de Sociabilidad Homosexual.

Keywords: Homophobia, Discrimination, Homosexual Social Spaces.

Resumen: La homofobia es un fenómeno social que no se reduce solamente a determinadas manifestaciones de agresividad contra los homosexuales o a la difusión de un determinado discurso institucional condenatorio de la homosexualidad. El presente artículo trata sobre la manera cómo la homofobia se hace presente en múltiples interacciones cotidianas, incluidas aquellas visibles dentro de los espacios de sociabilidad homosexual. A través de una aproximación cualitativa -el análisis del discurso de un grupo de hombres y mujeres autodenominados homosexuales sobre la posición y las maneras de mostrar la homosexualidad en Santiago- podemos dar cuenta de cómo la homofobia es una eficaz garantía para la conservación del orden social de género. Reproduciendo una jerarquía de las identidades sexuales, la

homofobia mantiene a la homosexualidad en un espacio de invisibilidad y marginalidad.

Abstract: Homophobia is a social phenomenon that is not limited to a manifest aggressiveness towards homosexual people nor to the spreading of an institutional discourse condemning the homosexual behavior. This article discusses the ways in which homophobia becomes part of several everyday interactions, including those that are visible within the homosexual social spaces. Using a qualitative approach –the discourse analysis of homosexual men and women about the position and the ways people show homosexuality in Santiago- it is possible to account for how homophobia is an efficient guarantee to keep a gendered social order. Reproducing a hierarchy of sexual identities, homophobia restricts homosexuality in a space of invisibility and marginality.

I.- Introducción

A partir de la segunda mitad del siglo XX la homosexualidad ha dejado de ser una categoría clínica para convertirse en una identidad social que define a un grupo respecto del cual la política no es indiferente. Las “terapias reparativas” de la homosexualidad que fueron promocionadas en un seminario universitario¹ o las declaraciones de un diputado de la República quien señaló que la inclusión de homosexuales en el Ejército debilita irremediabilmente la institución², no están ajenas al debate que existe - bien o mal conducido- respecto al correcto modo de integrar a las minorías sexuales a la vida ciudadana.

Consideremos estos dos hechos acontecidos durante 2012, como también un sinnúmero de otros acontecimientos donde la discriminación contra los homosexuales ha sido la tónica y que han ocurrido con posterioridad a la aprobación de la Ley de Antidiscriminación. Esto nos permite afirmar que no se puede hablar de avances efectivos en la integración sino se asume que en Chile sigue existiendo una profunda homofobia cultural, entendida esta última como un miedo generalizado y difuso hacia la homosexualidad y que se expresa a través de agresiones que pueden ser físicas como simbólicas.

¹ El martes 9 de octubre, dentro de la Pontificia Universidad Católica de Chile se organizó un seminario titulado “La no discriminación, sus alcances en educación” donde, a partir de distintas exposiciones, se argumentó que la homosexualidad podía ser sanada a partir de la comprensión de las profundas heridas afectivas que eran su causa principal.

² Declaraciones realizadas el miércoles 10 de octubre, en el contexto de la discusión de la Comisión Parlamentaria de Defensa sobre los alcances la recientemente aprobada Ley Antidiscriminación dentro de las Fuerzas Armadas.

Para efectos del presente análisis podemos dividir la homofobia en dos tipos: aquella que es institucional, es decir aquella que es promovida por corporaciones como el Estado, el Ejército, la Iglesia, la Medicina o la Psicología; y aquella cotidiana, es decir, aquella que se expresa en los pequeños actos, en las interacciones cotidianas y que involucran a todos los actores sociales. Sobre este último tipo de homofobia se trata el siguiente artículo. Sea cual sea el caso, la homofobia actúa como un recordatorio permanente de la diferencia y jerarquización que socialmente existe entre las identidades sexuales, porque tal como lo indica el geógrafo inglés Phil Hubbard (2002), en Occidente la jerarquía de las expresiones de la sexualidad se construye a partir de lo que podemos identificar como la “buena ciudadanía heterosexual”.

Todo lo que se salga de dicha norma recibe un castigo social. En este sentido la homofobia actúa como un mecanismo para posicionar al homosexual al margen del orden social de manera cotidiana y a veces indetectable. Como una manera de comprender la complejidad del fenómeno y con el fin de facilitar el análisis propondremos la figura de mitos a desmentir, a saber: que la homofobia es una enfermedad, que la homofobia es más grave en los sectores con menos capital sociocultural y que la homofobia es un problema exclusivamente ligado a la intolerancia heterosexual. Cualquiera sea el caso la homofobia tiende a ser representada como un problema de otros y nunca propio.

Para profundizar en la materia serán tomados como ejemplos algunos hallazgos de la investigación titulada “La Geografía de la Homosexualidad en Santiago de Chile”, cuyo objeto fue la caracterización de las normas y prácticas sociales asociadas al espacio de sociabilidad homosexual de la capital chilena³. A partir de la observación de estas reglas podemos hacer un ejercicio de toma de conciencia del orden social que propicia la homofobia y a partir de ello, proponer medidas que puedan ayudar a disminuir la discriminación corriente que aquella provoca.

³ La investigación se realizó en Santiago de Chile en tres etapas. La primera, caracterizando el espacio de sociabilidad homosexual de la ciudad a partir de una cartografía de los lugares comerciales *gays*, *lésbicos* y *alternativos* de la ciudad. La segunda, realizando un total de 25 entrevistas frente a individuos autodenominados homosexuales y que –salvo tres casos- no formaban parte de organizaciones LGTB (hombres y mujeres entre 21 y 52 años), donde se indagó en su proceso de socialización y sus prácticas en el espacio de sociabilidad homosexual. Finalmente, llevando a cabo tres grupos focales con hombres y mujeres homosexuales, donde se discutió la cartografía realizada en la primera etapa así como las diferencias sociales que podían existir al interior de los espacios de sociabilidad homosexual.

II.- Primer mito: la homofobia como enfermedad. El orden social como fundamento de una discriminación omnipresente.

Vista como enfermedad la homofobia es representada de dos maneras en el discurso: entre ellas, la más difundida –y problemática- argumenta que el homofóbico es en realidad un homosexual no asumido y que la virulencia de las agresiones contra los homosexuales estaría en directa relación con el grado de rechazo inconsciente a la propia homosexualidad (Chouinard, 2011, p.12). Una segunda variante asocia la homofobia a la adhesión “patológica” a cualquier discurso ideológico o religioso que impide observar al homosexual como una persona integral y sujeta de respeto. Ambos tipos de afirmaciones, por ejemplo, fueron ampliamente movilizadas durante los primeros días ocurrida la agresión a Daniel Zamudio, como también en los comentarios que sucedieron al seminario de terapias reparativas realizado en la Universidad Católica.

Ahora bien, ambas ideas pueden ser altamente engañosas al momento de observar la realidad social: no nos permiten entender, por ejemplo, el porqué hay mujeres que detestan a los hombres homosexuales o el porqué la homofobia suele estar asociada de manera casi exclusiva con la homosexualidad masculina (Borrillo, 2001). Asimismo, cuando se dice que la homofobia es una enfermedad, básicamente se está volviendo a una distinción del tipo “nosotros sanos/ellos enfermos” (Fassin, 2008) sin asumir que la homofobia es parte integral del orden social.

Debemos entender que históricamente la homofobia se ha sustentado en la transmisión de los estigmas sociales ligados a la homosexualidad (del tipo homosexual =delincuente=veleidoso para el caso de los hombres, agresiva para el caso de las mujeres). Este estigma, tal como sostiene Erving Goffman (2010 [1969]) hace posible que se construya una representación negativa de la realidad –un prejuicio- que precede cualquier interacción con un hombre o mujer homosexual. Este prejuicio afecta también el proceso de “salida del clóset” de los individuos que sienten sus deseos como incorrectos y problemáticos muchas veces antes de la primera experiencia propiamente homosexual (Borrillo, 2001). La construcción de estas representaciones nos muestra cómo la homosexualidad no corresponde solo a un comportamiento sexual determinado sino a una identidad socialmente construida.

Daniel Borrillo (2001) establece que la homofobia –definida como el “miedo al homosexual”- surge como mecanismo social para proteger la frontera entre los sexos que se confunden con los géneros (hombre-masculino / mujer-femenina). La homofobia se puede expresar como una agresión directa contra el

homosexual, sin embargo lo puede hacer también a través de lo que Pierre Bourdieu (1998, p.12) denomina la violencia simbólica, es decir “una violencia suave, insensible, invisible para sus víctimas, que se ejerce esencialmente por las vías puramente simbólicas de la comunicación y del conocimiento, o más precisamente, del desconocimiento”⁴. Este tipo de violencia es ejercida fundamentalmente a través del lenguaje donde se reafirman los límites de género (“los hombres no lloran”, “las señoritas no se sientan así”) sin llegar a constituir una ofensa abierta y distinguible. Este orden es internalizado por todos los individuos, no respetarlo implica la primera ruptura que problematiza la propia sexualidad

“desde chico uno se siente diferente al resto de las personas (...) nunca me juntaba con mis amigos a jugar a la pelota, siempre me juntaba más con las niñas a jugar” (Gabriel, 41 años)

Es por esa razón que, tal como lo señala Louis-George Tin (2003) la despenalización y la despatologización de la homosexualidad no van necesariamente aparejadas de una disminución de la homofobia. En Chile la homosexualidad se despenalizó en 1998, pero es 2012 y hemos asistido al asesinato de Daniel Zamudio por razones estrictamente homofóbicas. Ahora bien, la violencia simbólica también está presente en otras formas de sexismo, como lo ejemplifican comentarios del tipo: “esa mujer es una amargada porque probablemente no se acuesta con alguien hace tiempo”. Este tipo de afirmaciones permite sostener la idea que crecientemente la sexualidad personal constituye un elemento de integración social a y través de lo que Michel Bozon (2010) denomina la expresión de la “coherencia de sí”.

En este contexto, la expresión de una identidad sexuada se convierte en un valor y un nuevo mecanismo de vigilancia social. La idea que la sexualidad obedece únicamente a orientaciones íntimas (Bozon, 2001) permite legitimar de paso hipótesis psicológicas como que la homofobia es una enfermedad o que la homofobia está más presente en determinados grupos que no resuelven adecuadamente la expresión de una sexualidad “sana”. En este último caso el estigma se traslada a otro actor: los católicos reprimidos, los latifundistas ignorantes y un largo etcétera, sin cuestionar el orden social vigente y los límites asignados a cada género. Porque dado que la homofobia no es una enfermedad sino que una norma social, tampoco es posible decir que sea el atributo de un grupo en particular, sino de todos los grupos sociales a la vez.

⁴ Traducción propia a partir del francés.

III.- Segundo mito: La homofobia como atributo de un grupo social particular. El respeto de la regla de la discreción.

Un segundo mito en relación a la homofobia establece que aquella es más grave en algunos grupos, especialmente entre aquellos menos educados o aquellos majaderamente apegados a la tradición. Tal como sostiene Eric Fassin (2008) esta afirmación esconde una segunda trampa: oponer un grupo formado y liberado a una masa que no conoce la verdad y se aferra a sus vicios.

Como demostración de dicha hipótesis podemos citar dos ejemplos. Primero, la extrapolación de una verdad a partir de los resultados de distintas encuestas donde frente a la pregunta “¿está usted de acuerdo con el matrimonio homosexual?” los sectores con mayor capital cultural serían aquellos más proclives a responder afirmativamente⁵. Estadísticamente esto puede ser cierto, pero una pregunta más precisa para medir el grado de acuerdo con el matrimonio igualitario sería preguntar ¿estaría usted de acuerdo con que su hijo se case con una persona del mismo sexo? Probablemente los resultados serían distintos y revelarían de paso la distancia entre las creencias y las prácticas sociales. En otras palabras, si la homofobia es vista como un vicio propio de sociedades atrasadas, presentarse como no homofóbico puede tener un valor de deseabilidad social. El caso de las encuestas muestra que a veces los deseos de modernización -generalmente conducidos por las élites- pueden chocar con la práctica real, sobre todo en una sociedad orientada hacia la familia, como es el caso de Chile.

Un segundo ejemplo que puede ser aún más digno de atención, tiene que ver con la construcción mediática del cuerpo homosexual agredido. Al observar los casos recientes de golpizas y asesinatos que aparecen con cierta regularidad en la prensa, suele ocurrir que dichas agresiones afectan mayoritariamente a personas de más bajos recursos. Al respecto, Fassin (2008) sostiene que es un error pensar que la homofobia sea más grave entre los grupos con menor capital sociocultural. Tales grupos no son más violentos per se, la diferencia radica en que su visibilidad en el espacio público es distinta. Dicho de otro

⁵ En la Encuesta Nacional realizada por la Universidad Diego Portales el año la homosexualidad era considerada una opción válida por un 79,9% de los entrevistados del segmento socioeconómico medio-alto frente a un 55,5% del segmento bajo. La misma tendencia se observa respecto del apoyo al matrimonio homosexual: 53,2% en el grupo medio-alto frente a un 38,2% del grupo bajo. No obstante aquello lo que resulta más significativo es la diferencia entre ambas preguntas para cada grupo: el matrimonio legitima una opción que a pesar de ser considerada válida está en una jerarquía inferior de las identidades sexuales.

modo, si observamos grupos con mayor capital sociocultural, probablemente los medios de comunicación nunca darán cuenta de golpizas callejeras, de gritos ofensivos o de amenazas proferidos sistemáticamente por un vecino, simplemente porque la manera de transitar por la ciudad es distinta. (Si uno llega en auto a la casa y no tiene contacto con los vecinos ¿en qué minuto eso va a ocurrir?) La imagen de un cuerpo golpeado presente en los medios termina por representar casi siempre un mismo segmento social, lo cual profundiza la idea que la homofobia es un acto salvaje –enfermizo-, pero lo que es peor, que obedece al hecho que la homosexualidad del agredido es siempre visible. No es de extrañar entonces que haya personas que movilicen comentarios del tipo “quizás se lo andaba buscando”, “era un gay/lesbiana demasiado evidente, por eso le pasó”.

Este revela una representación social ligada a lo podríamos llamar la regla de la discreción es decir, a la norma que hace que la homosexualidad sea tolerada en el espacio siempre y cuando no sea demasiado notoria. Sin embargo, la frontera para evaluar la discreción es difusa y también depende de la posición social del individuo. Por ejemplo, la regla de la discreción se expresa también en la homofobia que se observa en espacios más selectivos, la cual utiliza mecanismos mucho más sutiles pero no por eso menos violentos: la exigencia de comportarse de manera viril si se espera acceder a algún cargo directivo (Falcoz, 2004), la asociación espuria entre homosexualidad, consumo e inclinación por las actividades creativas pero no necesariamente políticas (Duggan, 2003) o la idea que para no escandalizar al entorno hay que evitar cualquier manifestación de la homosexualidad, de cercanía física o emocional entre las parejas homosexuales (Blidon, 2008), son sólo tres ejemplos que muestran cómo se mantiene el orden dominante sin movilizar la violencia física.

“si tu veis a una loquita vestida así como para ir a la discoteca, un día domingo, mejor no te metai con esa gente, porque es el estereotipo, el tipo de gente que no me gusta” (Javier, 35 años)

“Me ha tocado estar en otros bares en que te sentís un poco agredido por la sobreexposición de las temáticas homosexuales, encuentro que son demasiado exagerados y estai como invadido por mensajes... en el otro era por lo menos un poco más diverso, era más amplio” (Matías, 30 años)

Este tipo de prácticas resultan más difíciles de erradicar que la agresión callejera, precisamente porque están ancladas en los espacios de poder y de generación de valores que son más difíciles de observar y modificar. El respeto

de la regla de la discreción es un recordatorio permanente de la posición marginal que tiene la homosexualidad dentro del espacio social. Dado que la regla es difusa esta también puede ser internalizada por los propios individuos homosexuales. Por esa razón, al menos en Santiago, hombres y mujeres homosexuales estigmatizan las identidades “evidentes” de la loca y la camionera. Al observar el proceso de socialización de algunos jóvenes en el espacio comercial de sociabilidad homosexual de Santiago, el estigma sobre la “homosexualidad evidente” está omnipresente en las distintas conversaciones que tienen lugar entre amigos, en las representaciones a la base de los chistes y chismes, como también en la jerarquía de lugares que, por ejemplo, sitúa al bar de transformistas o al bar de camioneras, en los últimos peldaños del ambiente comercial de Santiago, solamente por encima de los saunas y los lugares de ligue clandestino.

Es precisamente por esta razón que, a continuación, veremos cómo la regla de la discreción se funde con otra norma mucho más potente a la hora de entender la homofobia y la invisibilidad forzada de la homosexualidad en una sociedad como la de Santiago: la regla del buen gusto, regla que también consolida la homofobia dentro del espacio de sociabilidad homosexual.

IV.- Tercer mito: la homofobia es exclusivamente un problema de tolerancia heterosexual. La importancia de la regla del buen gusto y la jerarquía de manifestaciones de la homosexualidad.

Un tercer mito corriente sobre la homofobia afirma que aquella es algo que opone homosexuales contra heterosexuales, donde estos últimos son siempre “victimarios” mientras que los primeros son sus “víctimas”.

En realidad la homofobia puede ser experimentada también dentro de los espacios de sociabilidad homosexual⁶, en este caso, expresada a través de lo que podemos denominar la regla del buen gusto. Esta regla no es diferente a la que opera en cualquier otro espacio de sociabilidad donde tal como señala Pierre Bourdieu (1979) diferentes signos de consumo y status personal -que revelan un estilo de vida particular- sirven como mecanismo de distinción entre los individuos. Esta definición no se limita sólo al uso o no de determinadas marcas, al barrio de residencia, o a los signos de pertenencia a un grupo con

⁶ Entenderemos por “espacios homosexuales” todos aquellos lugares físicos o virtuales donde se reúnen individuos –hombres y mujeres- que se denominan a sí mismos homosexuales. Esto incluye tanto los bares, discotecas y asociaciones gays, lésbicas o alternativas, así como las reuniones entre amigos en la casa de alguien o incluso un diálogo que se sostiene en un chat en Internet.

un determinado capital cultural, sino más bien a la manera en cómo una persona demuestra estar en control de sí misma y de su apariencia constantemente.

Resumiendo este planteamiento podríamos decir que en Chile la homosexualidad puede ser tolerada bajo la forma de no ser loca, no ser camionera, pero tampoco ser gay, sino cool. Para fundamentar esta hipótesis, es preciso aclarar que ser gay no es lo mismo que ser homosexual. Lo que actualmente conocemos como identidad gay es el resultado de un proceso de movilización política iniciada en Estados Unidos durante los años 1970. En lo principal, se trata de reaccionar contra la represión del macartismo norteamericano a través del despliegue orgulloso de la sexualidad y los signos de la subcultura homosexual (Chauncey, 2003 [1994]; Sibalis, 2004; Tamagné, 2006) tales como la bandera arcoíris, la promoción de cuerpos sexualizados o la frecuentación de determinados lugares como bares, discotecas o asociaciones, signos subculturales que están a la base de la identificación de los barrios gays en Europa y Estados Unidos (García-Escalona, 2000) . Ahora bien, el uso de la palabra gay se ha banalizado, tal como lo prueba –al menos en Santiago- la utilización de la misma como sinónimo de homosexual.

No obstante aquello, la emergencia de la identidad gay no elimina todas las fuentes de discriminación. El principio de diferenciación social se expresa en la difusión creciente de prácticas y discursos que diferencian la homosexualidad más cool de aquella que no la es. Podemos ilustrarlo a través de dos ejemplos: el primero de ellos, la irrupción dentro de la sociología urbana de la hipótesis que las ciudades con barrios gays resultan más atractivas para la inversión de capitales pues muestran la presencia de una clase creativa vigorosa (Florida, 2005), afirmación elitista que no considera en la construcción de sus indicadores a la “loca peluquera” o a la “lesbiana que conduce colectivos”, arquetipos frecuentemente movilizados por los entrevistados en Santiago.

“Justo en la esquina hay un bar de puras minas, pero es que yo te explico, es un bar cómo te explicara, allá va el camión máximo (gesticula). Es rasca, rasca, rasca, rasca y van las minas, una mina disfrazada de Elvis, como que se peina con un jopo y con patillas. Van muchas minas que son como hombres. Y rasca, es bien rasca...” (Macarena, 35 años)

El segundo ejemplo, más ligado a la sociabilidad homosexual, es la irrupción de fiestas itinerantes –el nuevo espacio de sociabilidad festiva de Santiago-

donde como en cualquier negocio se intenta fidelizar a la clientela, esta vez, a través de la creación de espacios sociales altamente homogéneos. De acuerdo a la evidencia recogida, un homosexual cool y por lo tanto discreto, tenderá a alejarse de la discoteca gay por ser demasiado sexual e impersonal, siendo el cliente potencial de estos nuevos espacios semi-privados. En el discurso de los mismos individuos homosexuales de Santiago prevalece la idea de que “siempre es mejor festejar entre amigos”, lógica que se traduce también a otros espacios fuera de la fiesta. Para los organizadores de fiestas, por ejemplo, el éxito de su negocio va de la mano de la provisión de un ambiente limpio de sexualidad donde lo importante son más bien los contactos sociales.

“Entonces [en estas fiestas] hay como un pequeño manual como decir: ah, él me gustó, pero pertenece a ese otro grupo y yo pertenezco a este otro grupo y de mi grupo hay uno que conoce a uno y entonces puede ser la manera de linkearse, bueno y quizás hoy día lo saco a bailar y quizás en la próxima fiesta o en dos semanas más le pido el teléfono... no lo sé, yo tengo la sensación que hay una cosa un poquito más sutil, un poquito más elegante, a pesar de que todos queremos llegar a la consumación y a [encamarse]” (Sebastián, 31 años)

“La verdad es que nos interesa tener al público gay y que sea cool la fiesta y que tengas a la pareja hétero al lado. Que haya uno gay aquí. Que haya una pareja de pololos dos metros más allá. Que sea una huevada normal. Tenemos como visión un poco mejorar el cuento de la aceptación pero no basándonos en el orgullo de ser gay ni nada de eso. Al contrario basándonos en que somos todos iguales” (Vicente, 26 años, productor fiestas itinerantes)

A través de lo cool se consolida una tendencia bien descrita por el sociólogo alemán Norbert Elias (2011 [1969]), quien describe cómo las élites, a través de su comportamiento, privatizan crecientemente todas las pulsiones del cuerpo, incluida la sexualidad. Así como hay una manera adecuada de comer, una manera adecuada de bailar, también hay una manera adecuada de expresar la orientación sexual.

El problema es que las posibilidades de privatización y sofisticación de la sexualidad están desigualmente distribuidas. Al menos en el caso de Santiago, espacios domésticos más amplios, menor control por parte de los vecinos, mayor cantidad y variedad de lugares de encuentro, permiten que sobre todo

los hombres homosexuales con capital sociocultural más elevado tengan mayores espacios para “ensayar” su identidad homosexual y de paso aprender determinadas reglas de comportamiento que se transmiten precisamente fuera de los lugares gay convencionales (discotecas, bares, saunas). Sumemos a esto la posición social de determinados grupos y podemos comprobar cómo la homofobia se desliza -en este caso- a través de los códigos del buen gusto que se aplican sobre la identidad homosexual: es una de las razones por la cual llevar la bandera de la causa gay, frecuentar asiduamente lugares de sociabilidad homosexual o usar la ropa muy ajustada, por ejemplo, son vistos como signos de vulgaridad, algo que genera distancia y un cierto rechazo difuso por parte de algunos individuos homosexuales, especialmente aquellos que reivindican una igualdad cool.

La tolerancia de la homosexualidad en la medida que respete la regla del buen gusto quita el foco sobre aquellos problemas más urgentes que subsisten con la integración homosexual: las agresiones y las diferencias sociales entre homosexuales. No se puede pensar realmente un proceso de liberación o integración homosexual sin considerar estas circunstancias, como tampoco se puede combatir la homofobia sin ser conscientes de cómo se comparten cotidianamente sus códigos y sus juicios de realidad.

V.- Conclusión.

Se sostiene de manera corriente que Chile es un país de doble estándar. A este respecto podemos plantear que al menos en el caso de Santiago existe un solo estándar, cuya expresión visible varía dependiendo de las circunstancias sociales que se observe y el acento que se ponga sobre la discreción o el buen gusto permitido al homosexual. Quizás el rechazo cultural actual contra la homosexualidad depende de factores históricos, pero también de la manera como cotidianamente se perpetúa la diferencia de géneros y sexualidades.

Más que la homofobia abierta y conocida, aquella que permanece latente resulta mucho más difícil de eliminar, pues precisamente reside en normas de sociabilidad de las cuales los actores no son siempre conscientes. Desde este punto de vista es posible criticar la idea que existen determinadas instituciones homofóbicas en sí mismas. Es cierto que la Iglesia, el Ejército y aun el Estado sostienen un discurso institucionalizado de discriminación que se ha hecho aún evidente tras la aprobación de la Ley Antidiscriminación. Sin embargo, la homofobia es un fenómeno correspondiente a un orden social mucho más complejo y cuya modificación no depende sólo de la definición de un marco

legal que permita distinguir las situaciones de discriminación o de la discusión de manuales para definir una política educacional.

Evidentemente, la aprobación de iniciativas como la Ley Antidiscriminación o de nuevos programas de educación sexual que no patologicen la homosexualidad son de gran utilidad, pero parece imprescindible reflexionar en torno a la manera como se estructuran los géneros en Chile y en el caso de las organizaciones homosexuales, la manera cómo al interior de los espacios de sociabilidad homosexual se reproducen otras discriminaciones que son igualmente complejas de erradicar. Sin dicho ejercicio los esfuerzos por educar pueden ser vanos.

Tomemos como último ejemplo la masificación reciente de las Marchas por la Igualdad en Santiago. En la representación ella se han eliminado varios de los marcadores de la subcultura gay que antes predominaban: hoy la Marcha tiende a ser mostrada por los medios como algo familiar, mientras antes se insistía majaderamente en mostrar las carrozas de travestis o la exhibición de cuerpos masculinos semidesnudos. Pensar que estas últimas Marchas resultan más inclusivas porque son más discretas y menos vulgares nos muestra un signo de alerta sobre cómo se “tolera” la homosexualidad. La integración homosexual demanda algo más complejo: no pasar por alto el cómo determinadas reglas limitan la libertad de cada uno de experimentar su sexualidad y su cuerpo en propiedad. Por tal razón, es preciso reflexionar cotidianamente respecto al modo cómo representamos la identidad homosexual, y por defecto, cómo representamos también la identidad heterosexual, puesto que la homofobia –recordémoslo- surge a partir de la jerarquía que se establece entre ambas.

El discurso homofóbico podría modificarse y reducirse luego de reconocer y frecuentar una persona homosexual en el propio entorno, encuentro que reduce la distancia entre el prejuicio y el juicio (Ciliberto y Ferrari, 2009; Chouinard, 2011) Ahora bien ¿cómo negociamos ese encuentro en Chile? Esta interrogante debiera estar a la base de cualquier espacio de reflexión – individual y colectiva- y por qué no, de las acciones que cada uno emprende para eliminar esta brutal forma de discriminación.

BIBLIOGRAFIA

- Blidon, M. (2008) La casuistique du baiser. *Echo Géo*, 5. <http://echogeo.revues.org/5383>
- Borrillo, D. (2001) *Homofobia*. Barcelona, Bellaterra.
- Bourdieu, P. (1979) *La Distinction : critique sociale du jugement*. Paris, Éditions de Minuit.
- Bourdieu, P. (1998) *La Domination Masculine*. Paris, Éditions du Seuil.
- Bozon, M. (2001) Orientations intimes et constructions de soi. Pluralité et divergences dans les expressions de la sexualité. *Sociétés contemporaines* (41-42), 11-40.
- Bozon, M. (2010) *Sociologie de la sexualité*. Paris, Armand Colin.
- Chauncey, G. (2003 [1994]) *Gay New York: 1890-1940*. Paris, Fayard.
- Chouinard, V. (2011) *La prévention de l'homophobie et de l'hétérosexisme à l'école secondaire : besoins et perceptions des enseignantes et des enseignants*. Ecole de Service Social. Faculté de sciences sociales. Université de Laval, Quebec.
- Ciliberto, J.; Ferrari, F. (2009) Interiorized Homophobia, Identity Dynamics and Gender Typization. *Hyphotetizing a Third Gender Role in Italian LGB Individuals*. *Journal of Homosexuality* (56) 610-622.
- Duggan, L. (2003) *The Twilight of Equality? Neoliberalism, Cultural Politics and the Attack on Democracy*. Boston, Beacon Press.
- Elias, N. (2011 [1969]) *La civilisation des mœurs*. Paris, Calmann-Lévy.
- Fassin, E. (2008) *L'inversion de la question homosexuelle*. Paris, Éditions Amsterdam.
- Florida, R. (2005) *Cities and the Creative Class*. New York, Routledge.
- García-Escalona, E. (2000) Del armario al barrio: aproximación a un nuevo espacio urbano. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense* (20), 437-449.
- Hubbard, P. (2002) Sexing the Self: Geographies of Engagement and Encounter. *Social and Cultural Geography* (3), 365-381.

- Sibalis, M. (2004) Urban Space and Homosexuality: The Example of the Marais, Paris "Gay Ghetto". *Urban Studies*, 41 (9), 1739-1758.
- Tamagné, F. (2006) Homosexualité en Europe : un état des lieux. *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (53-54), 7-31.
- Tin, L.G. (2003) *Dictionnaire de l'homophobie*. Paris, Presses Universitaires de France.